

El coleccionista de soledades

1 - Lunes

Recuerdos: 10,30 h

Mucho tiempo hacía desde que Luis Legal había abandonado los barrios donde se encontraba en ese momento. 30 años lejos de la casa que le vió nacer, había vuelto. Mucho había llovido desde que dejó aquellos queridos barrios, por los que hoy estaba paseando. Ahora son muy diferentes, pensaba, todo había cambiado, no veía la tienda de Carmen y su mercería, la señora Rosa y su pastelería, la peluquería de Alberto... Nada es igual, nada tiene el mismo olor, no oye los mismos sonidos, le falta el del tranvía y le sobran los de los coches que ahora abarrotan las queridas calles de su niñez, porque en aquella época Patraix era Valencia pero con la unión y el compañerismo de los pueblos , nadie lo mira, nadie lo saluda. Recuerda que antes, solamente cruzar la calle, le costaba mucho más que actualmente porque con cada persona que se cruzabas se saludaban y cambiaban algunas palabras amables, “¿Como va todo Andrés?”, “Bien Pedro,¿y vosotros?”. Un barrio era como una gran familia, todos se conocían, se apreciaban, a pesar de las pequeñas rencillas que la convivencia genera. Es normal, aquel niño que jugueteaba en aquel solar, que hoy ocupa esa finca sin ningún estilo, y que cubre su fachada con carteles anunciando las rebajas de una tienda de ropa, desapareció hace mucho cuando se convirtió en aquel jovencito, flacucho y piernilargo, que tomaba el tranvía todos los días, para trabajar de aprendiz de vendedor en la Gran comercial ADN, que decían que significaban Artículos De Novedad pero que coincidían perfectamente con el nombre de la mujer del dueño Antonia Donderis Navalón. En fin, fuera lo que fuera hoy en día no se llamaría así, seguramente, porque parecería que comercializaban el ADN del ser humano.

El sol ha querido saludarme, pensó, y hace un día espléndido. Siempre he añorado este sol de mi juventud y he intentado engañarme cuando, al llegar a mi casa de América, donde resido actualmente, cerraba los ojos y me imaginaba encontrarme en este mismo lugar. Hoy puedo abrirlos y veré frente a ellos la finca donde nací. Hoy por fin voy a hacerlo y sé que mi sueño está ahí mismo. Ajada, maltrecha y sucia por los años, pero está ahí mismo. Mi casa.

Lamentablemente la burocracia lo contamina todo y ha tenido que solicitar permisos para poder entrar en lo que fue su hogar durante 22 años. La finca va a ser derribada y, junto con algunas otras adyacentes, pasará a ser unos bloque de apartamentos. Celebró el haber venido sólo para unos días y no asistir al triste espectáculo de su demolición. Ahora tenía esos permisos y el guardián está enterado de su visita.

-¡Buenos días señor Lester! -le saluda amablemente cuando le ve acercarse- Buen día nos ha dado Dios hoy.

-¡Buenos días muchacho! -le contesta- Pero no me llames Lester aquí soy Luis Legal y a mucha honra.

-La costumbre señor Legal, y estamos muy honrados de tenerle otra vez entre nosotros. Yo tengo todos sus libros y no se decirle cual de ellos me gusta más. Yo soy Sebastián, "Sebas" para los amigos. Si necesita algo o tiene algún problema en el edificio llámeme a este teléfono y entraré inmediatamente. Es obligatorio que se ponga esto señor -le dice a la vez que le entrega un papel con el teléfono y un casco.

-Gracias Sebas, no creo que tarde mucho en salir -le contesta a la vez que se pone el casco, de una talla enorme porque le baila en la cabeza.

Y con un ligero toque en su gorra, Sebastián abre la puerta del vallado y le indica que puede pasar.

Nervioso abre la puerta del patio número 92 y cientos de recuerdos se acumulan en su cabeza y cada uno, como buen escritor, se transforma en una narración que guardará ya para el resto de sus días.

Conforme se va acercando los recuerdos, las emociones y las sensaciones llenan cada centímetro de su piel. El simple hecho de abrir la puerta del patio le llena de sentimientos encontrados. La alegría de la niñez y adolescencia por una parte y el dolor de la separación de sus padres para intentar una vida mejor en otro país, unido a su pérdida al poco tiempo de la partida.

El patio huele a cerrado, pero de vez en cuando le parece percibir el aroma del perfume de su madre, jazmines, rosas, y un poco más adelante el más varonil de su padre, algo así como Ronquina que tenía en una gran botella porque debía de ser muy barata. Los escalones, de piedra, están desgastados, sube lentamente, degustando cada paso, y de pronto otro olor parece flotar en el aire, el de una paella que estaría terminando su padre. ¡Nene! -escucha su subconsciente- Deja de jugar y sube que la paella está ya casi terminada.

Pulsa el timbre sin esperar respuesta. No necesita llave, la puerta está solamente entornada y descansa hacia un lado porque la bisagra superior está rota. El sol ilumina el pasillo, entra por las ventanas desde la sala, se gira esperando ver aquellas cortinas blancas limpias y cuidadas que encantaban a su madre. Posteriores inquilinos las fueron cambiando y actualmente ya no quedan más que algunas con jirones ennegrecidos y las pocas que aguantan la edad y el maltrato, ofrecen unos lunares verdes manchados de mil sustancias desconocidas. Poco a poco recorre la casa, su suelo con baldosas negras y blancas que invitan a jugar a las damas, al final del corto pasillo el comedor, con un viejo aparador medio deshecho y sin cajones, una puerta tirada en el suelo da paso a la que fue su habitación que le espera en penumbra. No se atreve a entrar, distingue los cajones del

aparador tirados en un lado y unas tablas y patas de lo que en su día fue una mesa. Aquel cuarto lleno de trastos fue su dormitorio, el lugar de los primeros sueños, donde imaginó estar en la selva con Tarzán y más adelante, mirando encantado al techo, los ojos de una mujer hermosa que le susurraba palabras cariñosas en los adolescentes oídos. En un rincón todavía resistía sus achaques una silla en cuyas patas unas arañas han construido unas telas preciosas.

No quería llorar, pero algo le atenazaba el pensamiento y le hace notar en la frente las manos de su madre y en los hombros los abrazos de su padre. Por las ventanas abiertas le parece sentir el olor al salitre del mar y oír los gritos y risas de los amigos que juegan por la calle. ¿Qué habrá sido de ellos? Solo ha conservado la amistad de Roque, su gran amigo y compañero en la vida.

Se dirige a la galería pero, antes de llegar se para al recordar unos pinitos que hizo a los veinte años como escritor. A falta de novia y sin esperanza de tenerla por su deseo de irse a los Estados Unidos, le escribió varias cartas, más de diez, a una muchacha imaginada que tenía forjada en la mente y que sacaba de él los mejores instintos, sensaciones, y de la que, poco a poco, terminó terriblemente enamorado. Ni tan siquiera le había puesto nombre y simplemente la llamaba “mi bella desconocida”. Todavía recuerda casi todo lo escrito en aquellas cartas y que después le han servido para ponerlos en algunas de sus novelas. No podría haber puesto la misma pasión en una carta de amor si la hubiera imaginado que cuando la escribía a una mujer, aunque solo fuera soñada. Un pequeño párrafo decía...

“No veo madre, ya no veo, porque todo mi mundo lo ocupan sus ojos. No quiero oír madre, no quiero, porque nada me importa si no viene de sus dulces labios, pero acaríciame madre, acaríciame porque se que sus caricias serán tan dulces como las tuyas”

Este pasaje y muchos más salieron de su corazón juvenil enamorado de “mi bella desconocida” y que firmaba con el seudónimo de “Piter”. Los treinta años que ha vivido desde entonces, ha estado buscado a esa bella desconocida en cada mujer que ha conocido, lamentablemente, el destino no ha tenido a bien haberla encontrado.

Pensando en ello recuerda que todas estas cartas las había escondido. No quería que las vieran sus padres, le daba vergüenza, ¡qué poco los conocía! Actualmente está seguro de que ambos le hubieran felicitado y habrían fomentado su afición de entonces; que después ha sido su medio de vida y ha hecho de él una persona conocida y sin problemas económicos. ¡Lástima que ellos no llegaron a verlo!

Recuerda que la puso en una caja de metal que le dio su padre que la había utilizado para guardar tabaco, pipa y cigarros cuando aún no había dejado de fumar; tarde porque eso le causo la muerte a los pocos meses de su partida a América. La caja, con las cartas, la escondió en una parte del techo de escayola de su cuarto, que estaba partida y se

podía levantar una parte un poco, lo suficiente para que pasara la caja. ¿Cabía la posibilidad de que aún se encontrara ahí?

Miró el techo, el lugar donde recordaba que estaba el pedazo roto y no ve nada. ¡Lástima! Le hubiera gustado mucho recordarlas. Pero Luis es, y así se lo dicen sus amigos, una persona extraordinariamente cabezota. Si algo se le mete en la cabeza llegará a no dormir si no lo tiene claro o si no ha encontrado la solución. Con tablas y la silla se hace un pequeño andamio con el fin de llegar lo más cerca del techo y ¡en efecto! El corte se notaba perfectamente. Alguien le había pasado una capa de yeso y, sin llegar a lijarlo, había pintado todo de blanco. Podía estar su caja. Así pues, en una casa pendiente de ser derribada, nadie le pediría explicaciones por haber roto un pedazo y, con uno de los travesaños de la mesa destartada, se dedica a la noble acción de abrir un hueco para poder ver si todavía estaba su ansiada caja en las oscuras entrañas. Al tercer o cuarto golpe nota que algo salta dentro y con el corazón acelerado amplía el hueco e introduce la mano. Sin lugar a dudas es una caja metálica la que alcanza a tocar. Sólo puede ser su cofre del tesoro.

La saca y, como si fuera un bebé entre sus manos, va a abrirla al salón bañado por el sol del mediterráneo. Nervioso, limpia una gran capa de polvo y la destapa y...No es su caja ni son sus cartas, estas no están, pero hay un pequeño paquete con cinco o seis cartas diferentes a las suyas y atadas con una cinta y un papel doblado y escrito con una letra menuda que, en su cara superior pone “No te conozco Piter, pero te amo”.

Ni en la mejor de sus novelas hubiera imaginado un principio tan extraño y, sin embargo, le estaba ocurriendo verdaderamente a él, el escritor comenzaba a ser personaje de una historia ¿Quién podría ser aquella mujer que contestaba a sus cartas sin conocerle, era una declaración a través del tiempo y del espacio. Unas cartas de amor, por su parte a la bella desconocida y una contestación de ella teniendo la casi seguridad de que nunca las leería un personaje llamado Piter.

Se apoya en la puerta del balcón releendo el corto párrafo y, sin haberse dado cuenta, ha pasado más de media hora y sigue sin haber destapado el paquete y, por lo tanto, sin conocer lo que le dice en cada página su bella desconocida.

Deshace los nudos que lo sujetan y al quitar el último pedazo de papel, algo cae al suelo. Se inclina y ve una pequeña piedra blanca y redonda. La toma en su mano y mira para ver si hay algo en ella que la haga especial. No ve nada, pero con el mayor cuidado se la guarda en el bolsillo. En ese momento ve que en el papel que la había envuelto hay escrito algo. Lo alisa con el mayor cuidado y con una ilusión de adolescente a sus 50 años, lee “En esta pequeña piedra te dejo un beso”. Aquí está Luis Leal, o el escritor Peeter Lester, con muchas historias de amor en sus libros, con sus achaques incipiente, cabellos canos y porte de adulto a punto de comenzar la vejez y notando un corazón desbocado de joven de veinte años. No sabía si avergonzarse o felicitarse por haber ganado un tiempo para soñar como si estuviera en esa otra época en la que todavía existía el

romanticismo, en que un simple beso en una piedra le hacía mucho más feliz que cien de mujeres que solo cuidan su cuerpo porque ya hace mucho que perdieron el alma, y va desplegando las cartas y leyendo lo que su bella desconocida ha querido decirle contestando a las suyas.

En otros tiempos seguramente pensaría que esta situación era dulzona y antigua. Peeter Lester quizás habría guardado la piedra y las cartas únicamente como recuerdo, pero Luis Legal no, ¡Ni mucho menos! Luis Legal tenía que conocer, si era posible, a su bella desconocida. Tenía una semana antes de que contratos en EEUU requirieran su regreso a Estados Unidos. ¡Y Luis Legal lo conseguiría!